

## Padre Alfonso Torres

### El festín de San Mateo

El hecho del banquete en sí mismo apenas si necesita declaración. Leví o Mateo, transportado de gratitud y gozo por la gracia recibida, quiso celebrarla a su modo ofreciendo un festín al Señor, al cual asistieron sus antiguos compañeros de profesión, los publicanos, en gran número. San Mateo mismo es quien lo dice del modo más expresivo, escribiendo: muchos publicanos y pecadores... estaban a la mesa con Jesús. No tuvo Mateo nada que se pareciera a los respetos humanos de Nicodemo, aunque su ambiente era más descaradamente pecaminoso que el de este, antes al contrario hizo fervorosa ostentación de su cambio de vida y de su amor a Jesucristo.

Ya en los antiguos imperios de la Mesopotamia era costumbre comer recostado en un lecho. Desde los tiempos helenísticos debió introducirse esta costumbre en Palestina como en Grecia y Roma. Conforme a ella se celebró el festín de Mateo y por eso nos dice el Evangelio que los comensales estaban, recostados a la mesa.

Si San Mateo hollaba los respetos humanos celebrando un banquete en honor de Jesús, mucho más los hollaba el mismo Jesús comiendo con los publicanos. Sabía muy bien el divino Maestro que los fariseos pondrían el grito en el cielo cuando le vieran sentado a la mesa con hombres tan despreciados, y sin embargo aceptó la invitación, para enseñar y probar pública y solemnemente su amor a los pecadores, con obras y palabras. Con las obras lo probó por el hecho de sentarse con ellos a la mesa; con palabras por lo que vamos a oír.

Como vieran los escribas y fariseos que Jesús comía con los pecadores, se acercaron a los discípulos, sin duda hallándolos acaso fuera de la sala del festín, y les dijeron: ¿Por qué coméis y bebéis con los publicanos y pecadores? Según San Mateo y San Marcos la acusación embebida en esta pregunta iba dirigida singularmente contra Jesús, y sin duda tal era la intención de aquellos hombres, aunque englobaran en sus palabras a Jesús y a sus discípulos, como refiere San Lucas. Punto de obligación y de honra era para aquellos sepulcros blanqueados apartarse altaneramente de los pecadores como ya dijimos en otra ocasión.

Fue Jesús mismo quien respondió a la insidiosa pregunta, y quien nos ha conservado la respuesta íntegra es precisamente San Mateo. Los otros evangelistas la abrevian, mientras San Mateo la escribe de este modo: No han menester médico los sanos, sino los que están malos, Id, pues, y aprended qué quiere decir: Misericordia quiero y no sacrificio. Porque no he venido a llamar justos, sino pecadores (Mt. 9, 12-13). ¡Palabras benditas que son el fundamento de toda nuestra esperanza! ¡Qué bendición hubiera sido para los escribas y fariseos si las hubieran oído con humildad en vez de

encastillarse en la propia soberbia!

Como el buen medico acude a los enfermos y no a los sanos Jesús Médico divino de los hombres, acude a los pecadores, a los que padecen la peor de las enfermedades del alma, que es, el pecado. Y acude antes que se le llame. Con amorosa solicitud nos busca para sanarnos, hasta cuando nosotros nos olvidamos de nuestra salud espiritual.

Si los escribas, y fariseos en vez de acudir a los enfermos del alma huyen de ellos y los rechazan es porque, leyendo las escrituras asiduamente, no entienden lo que ellas, enseñan. El Señor había dicho por boca del profeta Oseas: Misericordia quiero y no sacrificio (Os. 6,6). Quien conoce la índole de la lengua hebrea sabe que el Señor no había querido decir con esta frase de un modo absoluto que le desagradaban los sacrificios-lo cual por otra parte hubiera sido un contrasentido, puesto que El mismo los había mandado-pero sí que prefería a ellos la misericordia. La suprema ley es la del amor y a ella se han de subordinar todas las demás. La misericordia no es más que una forma del amor.

Por eso dice Jesús a los escribas y fariseos como a discípulos tardos y desaprovechados: Id y aprended qué quiere decir: Misericordia quiero y no sacrificio. Meticulosos hasta el ridículo en todo lo que era práctica exterior, ignoraban lo más hondo y santo de la ley, que es la caridad. Si lo hubieran conocido, ellos hubieran sido los primeros en desvivirse por los pecadores, en vez de despreciarlos. Jesús al buscar a éstos no hacía más que ejercitar la caridad, cifra a la vez y cumbre de todos los preceptos divinos. Aquellos doctores infatuados, en vez de escandalizarse al ver a Jesús entre los pecadores, hubieran debido imitar su divina misericordia y su celo insaciable.

¡Qué consuelo hubieran tenido los escribas y fariseos al oír tales palabras a Jesús, si hubieran reconocido los pecados que llevaban en el alma! Pero prefirieron embriagarse de soberbia a pedir humildemente la salud al Medico divino, y a la vez se incapacitaron para gozar uno de los goces más puros e íntimos del alma: el goce de sacrificarse por los pecadores y trabajar por sacarlos del pecado.

Tácitamente fueron rechazados cuando Jesús siguió diciendo: Porque no he venido a llamar justos, sino pecadores. Pues aunque Jesús había venido al mundo para todos los hombres, si alguien se podía considerar excluido, no por voluntad de Cristo, sino por propia voluntad, de su divino llamamiento era quien creía bastarse, a sí mismo, quien se tenía por tan santo que rechazaba la gracia del Redentor. Y tales eran los fariseos.

Pero veamos con más precisión el alcance de una sentencia tan consoladora para nosotros. El sentido general de ella es el mismo que tiene la parábola de la oveja perdida. Jesús, Buen Pastor, deja si es preciso las noventa y nueve ovejas que tiene en el redil para buscar la oveja que se le extravió. Por eso puede decir que no ha venido para llamar justos, sino pecadores. A la luz de este sentido general se puede precisar todavía más el alcance de la

sentencia, Cuadra perfectamente con ella la doctrina de Santo Tomás, según la cual si el hombre no hubiera pecado no se hubiera encarnado el Verbo de Dios; tan perfectamente cuadra, que para defender lo contrario hay que retorcer de algún modo las palabras que comentamos. Si se rechaza la doctrina de Santo Tomás, ¿que sentido se podrá dar a la frase: no he venido a llamar justos? Pero bajando de estas esferas doctrinales a lo más concreto y práctico, hemos de añadir algo que sugiere la misma historia evangélica.

Cuando vino Jesús al mundo, encontró almas justas y a ellas se manifestó en primer termino. Recordemos a la Virgen Santísima. San José, Zacarías, Isabel, Simeón, Ana la profetisa y al Santo Precursor cuya vida y apostolado considerábamos al comenzar el presente curso. Esto nos enseña que la frase no he venido a llamar justos, ha de entenderse con las convenientes atenuaciones. Por otra parte al empezar su ministerio público empezó Jesús a encontrar pecadores en su camino. Todavía está fresco en nuestra memoria el encuentro con la samaritana, y en la última lección sacra hubimos de comentar la conversión de Mateo, el publicano que ahora obsequia al Señor con un banquete. Estas dos series de hechos contrapuestos se armonizan pensando que aun los justos que halló Jesús, lo eran por gracia de El mismo; pero sobre todo recordando una delicada doctrina de San Agustín en su comentario a la primera epístola de San Juan.

Para declarar el amor de los enemigos se vale el santo doctor de esta sencilla imagen. Cuando un carpintero ve caído un tronco deforme y tosco, se alegra y goza pensando en lo que de aquel tronco puede hacer. Su arte lo transformará en objetos útiles y bellos. Pues así hemos de hacer nosotros al encontrar enemigos, puesto que así hace Dios, cuando encuentra al pecador. Se goza viendo lo que su poder divino y misericordioso puede hacer de, él. Como decía San Pablo: todos los hombres pecaron y están privados de la gloria de Dios (Rom. 3,23). Con ellos despliega Jesús su amor de celo, para poder luego poner en ellos su amor de complacencia. En los justos se complace y con los pecadores despliega el celo que le devora.

Como expresión de ese celo exclama: no he venido a llamar justos sino pecadores. El amor de celo, fruto de infinito deseo de hallar sus complacencias en los, hijos de los hombres para bien de ellos, le trajo del cielo a la tierra y gobierna como norma suprema sus trabajos y sus sacrificios. Su deseo de poder complacerse en los hombres le hace entregarse sin reserva y ante todo a convertir pecadores.

(Lecciones Sacras sobre los Santos Evangelios, Ed. Escelicer, 1945, Pág. 389-394)